



CAPITULO VIII.

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO.

Un incidente, del que no se podían prever las consecuencias, vino á abreviar la estancia de Jesús en Perea, y precipitó el desenlace de su vida.

La casa de Bethania, en donde él recibía la hospitalidad en sus viajes á Jerusalem, y en donde los huéspedes le acogían como al Señor y al amigo con una fe tan amante,—la casa de Bethania estaba en la tristeza. Lázaro estaba enfermo: Marta y María, sus hermanas, enviaron á Jesús este mensaje: Señor, ved, aquel á quien amáis está enfermo.

La reserva de esas dos mujeres cuya confianza se abandona, sin expresar ni aun un deseo, es exquisita; y, por otra parte, ¿podían ellas ignorar los peligros que amenazaban al Maestro en Judea?

Al saber esta noticia, Jesús aseguró á los mensajeros y á los que le rodeaban.

—“Esta enfermedad,” les dijo, “no es para la muerte, sino

1 Juan, XI, 1 y sig.

para la gloria de Dios. El Hijo de Dios será glorificado por ella.” ¿Qué meditaba, en su ternura para sus amigos preferidos?—porque él amaba, dice sencillamente el Evangelio, á Marta y á su hermana María y á Lázaro. La palabra misteriosa que acabamos de referir lo dejaba vagamente entrever.

Sin embargo, él permaneció dos días todavía en el lugar en donde estaba; transcurrido ese tiempo, dijo á sus discípulos: “Volvamos á Judea.” A la palabra de Judea, los discípulos exclamaron:—Maestro, los Judíos, en este momento, quieren lapidaros, ¿y queréis volver allá?

Este grito de espanto de una afección pusilánime inspiró á Jesús una respuesta en la que resplandecen toda su fuerza de alma y la confianza absoluta en su Padre:

—“¿No hay doce horas en el día? Si alguno camina durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina durante la noche, tropieza porque no tiene consigo la luz.” Jesús comparó su pasión futura con la noche, él la llamó “la hora de la potestad de las tinieblas.” En este momento, en efecto, el Padre le entregará sin defensa á sus enemigos; hasta allí, él le guarda, él es su luz y su fuerza. Ningún peligro le detendrá en el cumplimiento de su tarea: este período es para él las doce horas del día. El sabe que de ningún modo ella está terminada, y su seguridad iguala á su confianza. El valor tranquilo que tiene su fuente en la unión perfecta con Dios, fué uno de los rasgos de la belleza moral de Jesús.

Un poco más tarde, siempre preocupado con lo que pasaba en Bethania, dijo á sus discípulos: “Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero yo voy á despertarle de su sueño.” El hablaba de su muerte, y ellos pensaban en el sopor del sueño. No comprendiendo el pensamiento secreto de su Maestro, mal asegurados respecto á ese viaje á Judea, cuyos peligros velan, ellos le respondieron:—Señor, si él duerme, va á sanar.

Jesús les dijo entonces sin misterio: “Lázaro está muerto. Y yo me regocijo por vosotros y por vuestra fe, de no estar allá. Pero vamos á él.”

Esta palabra resuelta inflamó el ánimo de uno de ellos.—Vamos, también nosotros, dijo Tomás, y muramos con él!

Para el historiador á quien el milagro no amedrenta de ningún modo, que no quiere ni violentar los textos ni desnaturalizar la narración, es evidente que Jesús conoció de lejos y por ciencia divina la muerte de Lázaro. Ella debió acontecer el mismo día de la partida de los mensajeros de Marta y de María, y durante su viaje. De Bethania á Beth' Abara, más allá del Jordán, la distancia es de siete á ocho leguas. Lázaro fué, en la misma noche, según la costumbre judía, embalsamado, cubierto de vendas y sepultado. Ahora, Jesús, habiendo esperado dos días antes de ponerse en camino, no pudo llegar sino al cuarto; éste fué también el cuarto que Lázaro tenía en la tumba. No se debe buscar otro motivo de este retardo de liberado sino la espera de la señal de Dios, sobre la cual Jesús arreglaba sus menores acciones.

Nosotros obedecemos á mil atractivos diversos, á mil caprichos inconsiderados; él no cede á nada terrenal, humano ó personal. El móvil soberano, decisivo, de sus actos es la voluntad de su Padre. Para obedecerle, él resiste á la tierna amistad que le mueve á ir hacia las dos hermanas de Lázaro. Pero el consuelo tendrá su día; ella no está retardada en los designios del Padre sino á fin de hacer el milagro que se prepara más resplandeciente, la gloria de Dios y de su hijo más manifiesta, la fe de todos más firme.

Cuando Jesús, remontando el oquy el-Kelt, hubo llegado á la altura de Bethania, se le anunció que Lázaro estaba sepultado hacia cuatro días. Esta era la mitad del período del duelo. Muchos Judíos de Jerusalem, y entre ellos algunos hostiles al Profeta, habían venido á consolar á Marta y á María. Advertida de la aproximación del Maestro, Marta, siempre activa y diligente, á pesar del dolor, vino á su encuentro, mientras que María había permanecido en la casa.

Al ver á Jesús, Marta, exclamó:—Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Estas palabras expresan la confianza y no un reproche, porque ella agregó:—Y aun hoy mismo, sé que todo lo que pidieréis á Dios, Dios os lo dará.

Jesús le respondió por una promesa cuya grandeza inesperada excedía á sus esperanzas y pareció desconcertar su fe:

—“Tu hermano resucitará.”

—Lo se, dijo Marta, él resucitará, cuando la resurrección, en el último día.

Conforme á una creencia común en Israel y principalmente en el partido Fariseo, los Judíos piadosos debían resucitar en la apertura del Reino mesiánico.¹ Marta no veía en la promesa de Jesús, sino una alusión á esta fe; diríase que ella no osaba esperar más.

Para animarla, Jesús elevó su pensamiento hasta él;—“Soy yo,” la dijo, “quien soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá nunca.”

Ninguna palabra presta más seguridad que ésta, ante el misterio lleno de angustia de la tumba. Los creyentes pueden volver á tener ánimo y esperanza. Su Maestro es superior á la muerte; su nombre es Resurrección y Vida; él se hace en ellos una fuerza de inmortalidad; si ellos están muertos, él puede llevarles á la vida; y cuando la muerte les hiere, no es sino por cierto tiempo.

—“¿Crees tú esas cosas?” preguntó Jesús á Marta.

—Sí, Señor. Creo que sós el Cristo, el Hijo de Dios, Aquel que debía venir á este mundo.

La fe de Marta es por lo demás, perfecta; la plática con el Maestro la había desprendido de las sombras de la creencia vulgar; ella reconoció no solamente al Mesías en Jesús, sino al Hijo de Dios en el Mesías. El dolor ha abierto á su alma, y la palabra de Jesús la ha llenado de luz y de esperanza.

¹ Denie', XII, 2. Cf. Libro de Henoch, 51, 1; Salm. Sal., 3, 16; Antig. XVIII, 1, 3; Bell. Jud., VIII; Mich. Sanhedrin, X, 1; Pirke Abot, IV, 22.

—“Vete,” le dijo Jesús, “llama en secreto á tu hermana.” Y él aguardó, un poco antes de la aldea, en el lugar en que Marta le había hallado.

Ella se marchó, y vino á decir en secreto á María:

—El maestro está allí, te llama.

María se levantó inmediatamente y se llegó á él.

Los Judíos que estaban con ella en la casa, al verla levantarse súbitamente y salir, la siguieron, persuadidos que ella iba al sepulcro, para llorar. Cuando María hubo llegado al lugar en el que estaba Jesús, al verle, cayó á sus pies, y ella le dijo como Marta:—Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Ella no agregó nada; abrumada, anonadada, lloró en silencio.

A la vista de las lágrimas de María, en presencia de los Judíos que la habían acompañado á llorar, Jesús se estremeció en su espíritu y él mismo se conmovió.—“¿En dónde le habéis depositado?” preguntó. Se le respondió:—Señor, venid, y ved.

Y él lloró.

—¿Cómo le amaba! dijeron los Judíos. Por tal motivo algunos tuvieron una palabra crítica y amarga. No podía, él que había abierto los ojos al ciego de nacimiento, impedir que éste muriese?

Jesús se conmovió aun. Llegó al sepulcro; éste era una gruta cavada en la roca; una piedra horizontal cerraba la entrada.

—“Levantad la piedra,” dijo.

En este momento, Marta lanzó un grito de espanto:—Señor, él ya apesta, ved que hace cuatro días que está sepultado. Jesús la tranquilizó.

—“No te he dicho que, si tú crees, verás la gloria de Dios?

Se levantó la piedra. Entonces, con la vista en el cielo, Jesús dijo:

—“Padre, os doy gracias porque me habéis escuchado. Sabía que siempre me escucháis, pero yo lo digo por causa del

pueblo que está aquí, á fin de que se crea que vos me habéis enviado.”

En su inmensa piedad, él hacía suyo todo el dolor humano. Actualmente, no es el hombre compasivo el que sufre, es el amigo que se conmueve, que se estremece y llora. Su ternura ha suplicado; ella ha pedido al Padre consolara á aquellos quienes, en su duelo, han llorado delante de él y han tenido fe en su ternura divina. La ternura del hombre es impotente, la de Jesús va á dominar la muerte.

Después de haber orado, él clamó con una voz fuerte: “Lázaro, sal afuera! Y el sepultado inmediatamente salió, con los pies y las manos atadas con vendas, y el rostro cubierto por el sudario.

—“Que se le desate,” dijo entonces Jesús, “y que se le deje andar.”

Muchos de los Judíos, que habían ido con Marta y María, creyeron en Jesús, á la vista del prodigio. Algunos de los obstinados se dirigieron á los Fariseos de Jerusalem á referirles lo que pasaba en Bethania.¹ Ellos eran de esa raza cuya ceguera todo lo desafía, hasta el rayo resplandeciente de la fuerza y de la voluntad de Dios: ellos justifican la parábola del mal rico: “Aun cuando resucitase un muerto, ellos no creerían.”

El Sanhedrín se conmovió con los acontecimientos que agitantaban al pueblo en las puertas de la metrópoli misma.

El fué convocado en asamblea solemne. Pontífices y doctores deliberaron.—Este hombre, decían, tiene una potestad extraordinaria; él multiplica los prodigios. Los Romanos vendrán y arruinarán á nuestra ciudad y á la nación.

Jesús llegaba á ser un peligro público á los ojos del poder. El ponía en peligro no solamente á la paz, sino á la existencia de la patria. Cuesta trabajo comprender la ligereza y la aberración de semejante juicio. ¿Cómo el Sanhedrín podía

¹ Juan, XI, 46 y sig.

confundir el movimiento popular creado por Jesús con la agitación político-religiosa de un Judas el Gaulonita? ¿No tenía él la circunspección la más vigilante para combatir en la multitud el mesianismo falso de una restauración y de una libertad nacional? ¿No había él repudiado con indignación, en Galilea, el reinado temporal que se le ofreció? ¿No había él evitado siempre, en Jerusalem mismo, el nombre de Mesías que se prestaba al equívoco y del que se esforzaba en dar la interpretación espiritual? ¿No pagó él el tributo y no respetó á las autoridades establecidas? Todos esos hechos eran públicos; los miembros del gran Consejo que, desde el principio de su carrera, no habían cesado de espiar y de vigilar al Profeta, no podían ignorarlos.

Pero las asambleas son peores que los individuos. El interés, las pequeñas pasiones, las preocupaciones, las ciegas y las enloquecen.

La clase sacerdotal no perdonaba á Jesús el desdén que él afectaba por los vanos ritos cuya voga hacía la riqueza de los empleados del culto. El partido fariseo, cuyos vicios había desenmascarado, denunciando la falsa ciencia y estigmatizado la hipocresía, le odiaba; él estaba exasperado por el ascendiente que él ejercía sobre el pueblo y por sus pretensiones á un papel superior al de profeta y al mismo Moisés. La clase aristocrática, compuesta de Saduceos, tenía por Jesús temor y desprecio; ella temía que al atraer al pueblo, él no turbaba el orden, porque ella temblaba ante los Romanos, y la efervescencia de la multitud le espantaba. Todo, más bien que la agitación y el tumulto; la tranquilidad á toda costa: ved la gran palabra. Esos conservadores satisfechos no juzgan sino por esto á los hombres y á las cosas; respecto á este punto ellos son intransigentes. Ellos tenían en la alta asamblea, la preponderancia. Los pontífices salidos de las grandes familias de los Phabis, de los Kamith, de los Boethos, de los Kantharos

1 Cf. Libro III. cap. IX. La crisis mesianica en Galilea.

y de los Hanan, eran Saduceos. Ellos serán inexorables respecto á Jesús.

En este año memorable, un cierto José, de sobrenombre Kaifás, tenía la soberana sacrificatura y la presidencia del Sanhedrín: dos funciones distintas, reunidas en una misma mano, desde el destierro de Archelao. ¹ Este personaje aparece por primera vez en la historia de Jesús. Por causa de su situación oficial, él desempeñará, en lo de adelante, el gran papel, entre los enemigos del Hijo de Dios en el desenlace trágico de su destino. El le juzgará y le condenará. Su nombre, manchado de sangre, despierta un eco lúgubre en la memoria de los cristianos. Como todos sus predecesores, después de medio siglo, era la creatura del poder. El gobernador de Siria, Valerius Gratus, le había instituido gran sacerdote, por el año 18, ² reconociendo en él, sin duda, el servilismo requerido á esos pontífices convertidos en los instrumentos de la servidumbre nacional. Poncio Pilatos, el procurador de Judea, le halló en el cargo y le conservó. Nada se sabe de su familia, que debía ser una de las más influyentes del país. El era Saduceo. ³ Se casó con la hija de un gran sacerdote, Hanan, el jefe incontestado del partido, un amigo de Roma, de quien cinco hijos llenaron, uno después de otro, la función de sacrificador supremo. Esta alianza aumentó y afirmó su poder. Cuando Pilatos fué revocado, en el año 35, Kaifás se mantuvo, y no fué depuesto sino el año siguiente por Vitellius. ⁴ Su actitud en la sesión del Sanhedrín, en donde se agitó la cuestión de las medidas que se debían tomar contra Jesús, denota una naturaleza violenta, imperiosa y servil. Tiénesse de él una de esas palabras que pintan al hombre y que caracterizan la rudeza clínica de todo su partido. ⁵

1 Antiq., XX, 10, in fine; XX, 9, 1; Cf. Act., V, 17; IX, 1, 2; XXIII, 2, 3, etc.

2 Antiq., XVIII, 2, 2; XVIII, 4, 5.

3 Antiq., V, 17.

4 Antiq., XVIII, 3, 4.

5 Bell. Jud., 8, 14.

Impacientado por las vacilaciones, las perplejidades de sus colegas, les dijo brutalmente:—Vosotros no entendéis nada. Vosotros no véis que es expediente que un hombre muera por el pueblo, más bien que toda la nación perezca. ¹

En tal virtud, la razón de Estado,—este supremo recurso de todos los poderes amenazados y que ha servido á todos los déspotas para legitimar todos los crímenes,—es invocada contra Jesús, con desprecio de la verdad y de la justicia.—Es preciso que él muera, dijo el gran sacerdote; el interés de la nación lo exige.

Al referir este hecho, medio siglo más tarde, el Evangelista inspirado vió en esta palabra del pontífice un sentido profético. Kaifás, sin saberlo, había expresado el pensamiento de Dios. Era una necesidad del gobierno divino de la humanidad que Jesús muriese; “era preciso, y no sólo para la salvación de Israel, sino á fin, de reunir en uno á los hijos de Dios que estaban dispersados.” ²

Los crímenes tienen su lugar en la evolución humana. La mayor iniquidad, cometida contra el Ser más santo, ha sido el punto de partida de la renovación de la humanidad y del Reino de Dios. Una asamblea religiosa decreta, como medida de salud pública, la muerte de Jesús: esta muerte inícuva va á ser el remedio querido por Dios para vencer la corrupción que devora á la tierra; y la sangre derramada por las manos homicidas, el río de vida en donde se refrigeran para siempre los hijos de Dios.

Así, ese gran hecho de la resurrección de Lázaro, que se puede llamar el milagro de la amistad, tuvo en la vida de Jesús, entre otras consecuencias, un resultado fatal. Si él consoló el duelo de una familia tiernamente amada, al devolverle al que lloraba, atestiguado la potestad divina de Jesús sobre

¹ Juan, XI, 49-50.

² Juan, XI, 49-50.

la muerte, probado á las conciencias sinceras que el Profeta era el Enviado del Padre, el Hijo siempre escuchado, el Dueño de la vida al mismo tiempo, él provocó el odio de sus adversarios, determinando al Sanhedrín á emplear el rigor contra él, y arrancando al presidente de la asamblea un decreto de muerte en nombre de la seguridad pública.

Todo lo que él había predicho, bien pronto hace un año, en el desierto de Bethsaida, yendo hacia Cesarea,—con gran escándalo de sus discípulos,—respecto á su destino doloroso, respecto á las persecuciones que le aguardaban, en Jerusalem, de parte de los jefes, de los ancianos y de los sacerdotes, apareció en su realidad amenazadora. Su apostolado en la metrópoli, sus llamadas reiteradas á la nación, sus enseñanzas respecto al verdadero Reino de Dios y al Mesías, Hijo de Dios, sus prodigios, sus virtudes, nada ha podido vencer la ceguera ni desarmar á la oposición; por el contrario, todo conspira para desencadenar la tempestad y preparar la crisis final á la que él va á ser conducido.

Esta situación nueva y peligrosa está muy claramente dibujada por el cuarto Evangelio, el único, por lo demás, que nos informa respecto al ministerio judeano de Jesús; él la refiere á la resurrección de Lázaro, como un efecto á su causa inmediata; se la vé preparar poco á poco, á cada aparición nueva del Profeta en Jerusalem; ella se agrava siempre y se forza más violentamente, á medida que las palabras de Jesús revelan verdades más sublimes, que sus milagros prueban mejor su potestad, y que su acción sobre el pueblo tiene más energía é imperio. El prodigio verificado en Bethania es el último término de una progresión sorprendente en la obra entera de Jesús; él es en su ministerio judaico lo que la multiplicación de los panes, en el desierto de Bethsaida, es á su apostolado de Galilea.

La afirmación de un testigo tan exactamente instruido de lo que él refiere, garantiza contra todo ataque el valor histó-

rico de la resurrección de Lázaro. Por prodigioso que sea, el hecho se impone á todo espíritu no prevenido.

La crítica panteísta ó materialista ha gritado hasta lo imposible.—Los muertos no resucitan, afirma ella imperturbablemente. La historia le opone resurrecciones ciertas; y la razón que enseña á un Dios personal, todopoderoso, no ve ninguna imposibilidad en admitir que Lázaro, muerto hacía cuatro días, se levante de la tumba á la voz del Hijo de Dios. Sacar de la nada lo que no existe, dar la vida á lo que no vive, devolverla al que la ha perdido, pertenecen á un mismo poder.

—¿Pero Lázaro no estaba sino dormido con el sueño cataleptico? Los testigos afirman que él estaba muerto.—Esto es inverosímil.—La historia no es sino un tejido de inverosimilitudes para nuestro espíritu limitado. Nosotros no sorprenderemos jamás sino una débil parte de las causas que producen los fenómenos; á cada instante, hechos inesperados extravían á la razón, y su extrañeza azota á lo que llamamos nuestra lógica.

En vez de aceptar á la narración evangélica en su tenor, la crítica negativa le desnaturaliza ó le niega. Algunos no han querido ver en ello sino una leyenda hábil, un cuadro ficticio destinado á revelar en hecho la tesis metafísica formulada por estas palabras: "Yo soy la Resurrección y la Vida."¹ Otros, una creación arbitraria, fantástica, de la conciencia cristiana que ha debido atribuir á Jesús, como Mesías, resurrecciones parecidas á las que el Antiguo Testamento atribula á los profetas.² Las críticas más recientes, considerando con justicia esas interpretaciones como verdaderos expedientes de teólogos en los últimos apuros, han renovado con más fineza la vieja estratagema de los antiguos racionalistas alemanes.

La tradición, por una serie de equivocaciones de las que la parábola del pobre Lázaro ha sido el punto de partida, desde

¹ Paulus, Exeg. Handbuch.

² Baur, Theol.-Jahrs., t. III, Krim, Jes. v. Naz., t. III.

³ Strauss, Das Leben Jesu. t. II.

luego ha atribuido un hermano enfermo á Marta y á María; la palabra de Jesús: "Lázaro, él mismo volverá á la vida, como no se creería," ha sido mal entendida; se ha dicho que en realidad él había salido del sepulcro, y de esta manera la leyenda ha tomado curso.

Todas esas suposiciones que nada apoya se condenan por su misma fantasía; ellas prueban con cuán poco el espíritu se contenta, y qué astucias sabe inventar para suprimir, al desnaturalizarlas, los hechos en oposición con sus doctrinas.

Al testimonio formal, preciso, detallado, del cuarto Evangelio, se ha opuesto el silencio de los tres primeros. Hay lugar de admirarse, en efecto, desde luego, que en un acontecimiento tan extraordinario en sí mismo, tan considerable en sus resultados, haya sido omitido por tres de los cuatro escritores que han emprendido narrar la vida de Jesús.

El estudio atento de esos documentos diversos explica y justifica esta omisión.

Ninguno de los Evangelistas, ni aun San Lucas, que ha tenido tanto cuidado en ordenar su narración, ha pretendido recordar las innumerables enseñanzas ni todos los actos del Maestro. Sus "Memorias" son esencialmente fragmentarias: no se podría argüir del silencio del uno contra el testimonio del otro. Los synópticos tienen un rasgo de fisonomía común: ellos dan el ministerio público de Jesús, de su advenimiento á Galilea, después de la prisión de San Juan-Bautista, y no han relatado del ministerio judeano sino la última semana. Sólo San Juan refiere los viajes de Jesús á la metrópoli, y algunas de las enseñanzas y de los milagros que pertenecen á esa época de su vida. Se ve, por consecuencia, como todo lo que concierne á la acción de Jesús en Jerusalem y en Judea,—y, por lo mismo, el milagro de la resurrección de Lázaro,—ha sido omitido por los demás; el cuadro de su narración no le permitía.

La reunión del Sanhedrín, los debates que le agitaron, la intervención del gran sacerdote, la resolución de la asamblea

y la palabra que le inspiró: "Es preciso que muera," todo fué muy pronto conocido en Jerusalem y no tardó en serlo en Bethania. Jesús tenía, hasta en el gran Consejo, amigos secretos que debieron advertirle el peligro, que había llegado á ser amenazador. La alegría con la que él había llenado á sus huéspedes se oscureció derepente; la suerte del Maestro muy amado les llenó de tristeza y de angustia.

Extraño misterio el de los enviados de Dios y el de aquel que los domina á todos: sufren persecución, mueren por sus beneficios. La más hermosa obra de Jesús, la más conmovedora, la más sorprendente, aquella que mejor ha revelado su fuerza infinita y su amor, hace desbordar el odio con el que sus enemigos le persiguen y atrae sobre él el decreto de muerte.

Ninguna palabra de amargura, ninguna indignación. El no ve en los acontecimientos y en los hombres sino los instrumentos de la voluntad de su Padre, y él va, firme y tranquilo, fortificando á los suyos, cumpliendo hasta el fin su grande obra. Sabe que las doce horas del día, según su expresión favorita, se acaban, y que la noche se aproxima.

El puede todavía escapar de la tempestad. No ha llegado el momento de afrontarla. El se aleja de Bethania y lleva á sus discípulos. Evita, además, encontrar á los Judíos, él se retira en un país vecino del desierto, en la pequeña ciudad, llamada Ephrem,¹ en donde se fija por un momento.²

Para ganar esta soledad, sin despertar la atención, Jesús debió costear, al Este, el Monte de los Olivos y seguir los senderos que atraviesan Anatot y Mikhmas.

La ciudad donde él se refugió estaba fuera de las grandes rutas frecuentadas, hacia la extremidad septentrional de la Judea, á quince ó diez y siete millas de Jerusalem. Ella estaba edificada sobre una colina puntiaguda de ochocientos metros

¹ Juan, XI, 54.

² Ephrem ha desaparecido en la actualidad; ella se ha convertido en la aldea de Thayébey, cuyo nombre árabe significa buena, agradable, y parece ser la traducción del nombre hebreo de la ciudad antigua. (Cl. V. Guerin, Description de la Palestine—Judee, t. III).

de altura, en el suelo mismo del desierto; sus casas cuadradas, de piedra blanca, tenían el aire, á lo lejos, de viejas torres desmanteladas.

De la antigua Ephrem, quedan los restos de una fortaleza cuyos muros, tallados en largos trozos de sillaría, se elevan todavía varios metros y no sirven mas que para abrigar á los pobres Fellahs. Desde esta altura solitaria, Jesús podía ver todo el país de Judá, triste y sombrío, con sus montañas rocallosas, tan ásperas como su pueblo endurecido. El veía el monte de los Olivos de donde él se elevaría con su gloria, y más allá presentía á Jerusalem, en donde debía morir.

Este lugar austero cuadra bien á la faz nueva de su vida, y da á Jesús la soledad y la serenidad.

Los días pasados en Ephrem debieron estar ocupados por la oración y las pláticas íntimas. En su cortejo, se esperan las grandes luchas. Se aguarda la venida del Reino. La pequeña compañía estaba resuelta. Ella tenía, á pesar de todo, una fe sin límites con la potestad del Maestro: la resurrección de Lázaro la confortaba contra el peligro. Ephrem era una parada antes de los combates supremos. Jesús partió de allí para Jerusalem y celebrar allí su última pascua.



CAPITULO IX.

EL ÚLTIMO VIAJE Á JERUSALEM.

El itinerario de este viaje puede ser reconstituido conforme á las indicaciones combinadas del tercero y del cuarto Evangelio. San Juan marca el punto de partida; San Lucas, la ruta y el punto de llegada. El punto de partida es Ephrem, * sobre la frontera Norte de la Judea; la ruta describe un vasto círculo á través de la Samaria, la Galilea y el valle del Jordán; el término es Bethphagé. † En vez de dirigirse á Jerusalem, de donde él no estaba separado sino por cinco ó seis horas de camino, Jesús pareció alejarse; tomó al Norte el camino de la Samaria, remontó hasta Galilea, á la altura del llano de Jisreel, bajó sin duda por el Ouady Djalad, en el valle del Jordán, y se avanzó hacia Jericó por la gran vía de las caravanas galileas.

¿Qué motivo había determinado á Jesús á ese largo rodeo? Es probable que, antes de dar á su entrada en la ciudad santa un esplendor inusitado, un carácter triunfal, él quiso reapare-

* Juan, XI, 54.

† Luc., XVIII, 11.

cer en medio de la multitud de los Galileos para señalar su viaje y congregar á los numerosos discípulos mezclados entre los peregrinos que se encaminaban ya á Jerusalem. Lo que sus hermanos, hace seis meses, en el tiempo de la fiesta de los Tabernáculos, le habían pedido, diciéndole:—Muéstrate, pues, al mundo, † él iba á cumplirlo á su manera; pero él guardó hasta la última etapa, el secreto de esta manifestación.

La peregrinación duró varios días. Ella estuvo sembrada de episodios diversos é interesantes que San Lucas ha relatado con cuidado.

Al atravesar una aldea * de la que el Evangelio no dice el nombre y que una antigua tradición, acreditada entre los cristianos de Palestina, cree ser Djennin, diez leprosos se presentaron á Jesús.

Esta es la costumbre todavía en Oriente, que esos desdichados se reúnan y vivan juntos, vagando á lo largo de los caminos, á la entrada de las villas. Ellos se conservaban lejos y declan en alta voz:—Jesús, Señor, tened piedad de nosotros. Esta miseria y esta confianza le conmovieron.

—“Id, les dijo, y presentaos á los sacerdotes.”

Ahora, como ellos se marchasen, fueron curados. Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando á Dios á gran voz. El se prosternó á los pies de Jesús y le dió gracias.

Este era un Samaritano.

—“¿Acaso no han sido diez los que han sido curados?” preguntó Jesús sorprendido. “¿Los otros nueve, en dónde están? No se ha hallado uno que vuelva y que diera gracias á Dios, sino este extranjero.”

La ingratitud le era punzadora. Se adivina en esta palabra: “este extranjero,” una tristeza inmensa. Este incidente dolo-

* Véase el Libro IV, cap. I.

† Luc., XVII, 11-19.

roso le recordó toda su misión; él había prodigado sin cuento sus beneficios en Israel, y su pueblo le rechazó. El Samaritano que cae á sus pies, para expresar su reconocimiento y su fe, le es dulce; él vé en él á esos pobres abandonados, á esos extranjeros, á esos paganos que deben acudir á su encuentro, mientras que los hijos de la casa se obstinaron en desconocerle.

El levantó al leproso curado y creyente:—"Levántate," le dijo, "vete, tu fe te ha salvado."

Este episodio tenía su lugar marcado en la narración de San Lucas. En la época misma en la que el discípulo del apóstol San Pablo redactaba su Evangelio, la obra de salvación creció según la ley misma que había precedido á la vida del Salvador. Rechazado en Judea, combatido con rabia por los Judíos, la palabra del Reino halló una acogida brillante en Samaria y removió al mundo pagano entero.

Al proseguir su viaje, Jesús fué interrogado respecto al Reino de Dios. "¿Cuándo, pues, llegaría?" preguntaban los Fariseos, no sin ironía. Hacía dos años, ellos veían al Profeta en la obra, anunciando ese Reino mesiánico que debía, según creían ellos, libertar á su nación, romper todos los yugos, anonadar á todos los enemigos, abrir á Israel una era inaudita de felicidades; y ninguno de esos grandes sueños se realizaba. El Galileo, como ellos le llamaban, no reunía en derredor suyo sino á los pecadores y á los perdidos, á los ignorantes y á las gentes de nada. Ellos triunfaban de esta impotencia y ellos se burlaban. Jesús les respondió, recordándoles aún la espiritualidad de su Reino:

"El Reino de Dios no viene con el brillo exterior que deslumbra la vista. No se dirá: El está aquí, ó: él está allí. El Reino de Dios está dentro de vosotros."

En el secreto de la conciencia es en donde se inaugura y se funda el reino del que Jesús es el Mesías. A la conciencia

es á la que habla y pide el arrepentimiento y la fe. Desde que ella se abre á él, ella recibe el espíritu; y el Reino de Dios comienza. Los Fariseos formalistas, estrictamente patriotas, se rehusan á comprender; pero la obra se verificaba á su pesar y en medio de ellos; Jesús, rodeado de sus fieles, era la realización visible; él debió mostrar con el dedo á sus discípulos, á sus interlocutores que se apartaban con desdén.

Todo en este período inicial del Reino de Dios, es humilde y discreto, débil, sufriente, oculto. Lo mismo que el Hijo de Dios se vela bajo la apariencia humilde del Hijo del hombre, lo mismo la gloria del Reino se vela bajo la miseria aparente de los publicanos y de los pecadores que le siguen. Nada que sienta el brillo y la fuerza. La potestad taumatúrgica de Jesús no se revela ella misma sino con mansedumbre; ella se sustrae al radiar á través del amor y la bondad. Los humildes, los penitentes solamente eran tocados: los soberbios, ávidos de lo maravilloso y de la gloria terrestre, pasan como los Fariseos, insolentes y desdeñosos.

Jesús les deja á su desprecio. El invita á sus discípulos á aprovechar el paso del Hijo del hombre, de su presencia y de sus beneficios; cuando él haya desaparecido, la prueba será dura y larga:

"Los días van á llegar," les dijo, "en los que desearíais ver uno de los días del Hijo del hombre, el de su gloria, de su potestad, de su triunfo. Vosotros no le veréis. Se os dirá: Ved, él está aquí, él está allí. No vayáis; no le busquéis."

Sin embargo, no se deberá desfallecer en la espera; porque si la primera venida del Mesías se ha verificado en la debilidad y en la lucha, si los fieles que le han reconocido debían formar con él el Reino de Dios, á través de las mismas debilidades y las mismas luchas, la segunda venida se hará en la majestad, con la victoria sobre todos sus enemigos: entonces, el Reino aparecerá con la majestad y la victoria. Jesús más de una vez ha advertido á sus discípulos respecto á su triunfo

venidero, él les recuerda hoy con solemnidad, en el momento en que los fariseos renuevan contra él sus cuestiones despreciativas, como si él quisiera precaver á los suyos y fortificarles por una inmensa esperanza.

—“No os dejéis seducir por los falsos profetas que os anunciarán la venida del Hijo del hombre. Esta venida será fulminante; ella deslumbrará á todos los ojos. Como el relámpago resplandece derrepente de un extremo del cielo al otro, así sucederá con el Hijo del hombre en ese día.

“Pero es preciso primero que él sufra mucho y que sea rechazado por esta generación.”

Así, la carrera mesiánica de Jesús se compone de dos períodos, de dos días, según su expresión imaginada. El uno es el día del sufrimiento, de la persecución y de la reprobación; él no comprende solamente su vida terrestre, él abraza todos los siglos en los que sus fieles, los elegidos de Cristo desaparecidos, marcharán detrás de él, en esta ruta ensangrentada que él les abrió, y vivirán martirizados, con la esperanza del segundo día. Este será glorioso, triunfante; él marcará la aparición definitiva del Reino de Dios sobre toda criatura en el universo transfigurado.

Mientras que los discípulos de Jesús languidecerán, impacientes, la masa humana será como en los tiempos de Noé y del diluvio.

—“Ellos comían y bebían, se casaron y casaron á sus hijas, hasta el día en el que Noé entró en el arca. El diluvio vino y perdió á todos.

“Lo mismo pasó en tiempo de Loth. Se comía, se bebía, se compraba, se vendía, se plantaba, se edificaba; y cuando Loth salió de Sodoma, una lluvia de fuego y de azufre cayó del cielo y les perdió á todos.

“Así sucederá en el día en el que el Hijo del hombre será manifestado con su potestad soberana y terrible.”

Los discípulos no imitarán ese materialismo y esta ligereza.

Jesús les quiere desprendidos de todo lo terrestre y de todo lo creado, no teniendo raíces en este mundo finito, alerta, sacrificados, prestos á seguirle, al primer fragor de la crisis suprema.

El les reveló sus voluntades en un lenguaje penetrante.

—“En aquel día, el que esté sobre la terraza y cuya ropa esté en la casa no baje para tomarla, y el que esté en el campo no vuelva hacia atrás. Acordaos de la mujer de Loth.”

Es preciso dejarlo todo y arrojarlo hacia el Señor que aparece. El que trate de salvar su vida, uniéndose al que pasa, perecerá con este mundo que está perdido, y el que renuncie á su vida y á esta tierra gastada y condenada, hallará la vida en Dios.

Entonces se verificará el escrutinio definitivo en esta raza humana mezclada. En un abrir y cerrar de ojos, los seres más aproximados visiblemente, pero extraños el uno al otro por el espíritu que les anima, serán separados para siempre.

—“Yo os declaro,” dijo Jesús, “en esa noche, de dos que estén en el mismo lecho, uno será tomado, el otro abandonado. De dos mujeres que muelan juntas en la piedra, una será tomada, la otra dejada; de dos hombres que estén en el mismo campo, uno será tomado, el otro dejado.”

Los discípulos, curiosos, preguntaron: ¿En dónde pasará eso, Señor?—“En donde estará el cadáver, respondió Jesús, se juntarán los buitres.”

Por esta imagen enérgica sacada de la naturaleza galilea, el Maestro ¿no formuló una de las leyes terribles del gobierno de Dios, la ley de las destrucciones necesarias? ¡Ay de aquellos que no se adhieran á la vida! El cadáver es todo aquel que, en la humanidad, no tiene el Espíritu vivificante de Dios; los buitres son las fuerzas destructivas que cumplen sobre esos muertos, las voluntades vengadoras de la eterna justicia.

La grandeza y la austeridad de los deberes que Jesús inculcó á sus discípulos, la dureza persistente de las pruebas que

les asaltaron en este mundo entregado al áspero egoísmo de una vida material y sensual, debieron inspirarles algún espanto.

El les recomendó la oración.

—“Orad,” les dijo, “orad siempre; no os canséis jamás. Tened fe, Dios os escucha.” Y les refirió esta parábola:

“Había, en cierta ciudad, un juez que no temía á Dios y no tenía ningún respeto del hombre. En esta misma ciudad había una viuda que vino á él diciéndole: Hacedme justicia de mi adversario. Durante mucho tiempo él se rehusó; pero después, él se dijo á sí mismo: En verdad, yo no tengo ni el temor de Dios ni el respeto del hombre; sin embargo, puesto que esta mujer me importuna, yo le haré justicia, de temor que al fin ella no llegue hasta herirme.

—“Vosotros entendéis, agrega el Señor, vosotros entendéis lo que dijo este juez inicuo. Y Dios no vengará á sus elegidos que claman á él noche y día,—aun cuando él retuviese su cólera para vengarles. ¡Yo os declaro, sonada la hora, la venganza será fulminante!

—“Pero cuando el Hijo del hombre vendrá ¿hallará la fe en la tierra?

Esta última palabra de Jesús deja entender que hasta los mismos creyentes, los fieles, se cansarán tal vez en la espera del día de Dios; la longanimidad de la eterna justicia fatigará su fe. Al ver á los siglos y los cielos rodar siempre, sin traer á aquel que debe ser su libertador y su justiciero, ¿no perderán ellos el celo ardiente que aspira á la libertad? Siempre oprimidos y abrumados, ¿no se dormirán con el sopor? Esta es una advertencia que él dá á los suyos con esta interrogación, una manera de decir todavía: Orad, creed, esperad hasta el fin.

Al contacto del Espíritu de Dios, el hombre se liberta de los límites que limitan sus ideas, sus esperanzas, y acortan todo en él; él aprende á entrar en los inmensos designios de Dios. Sabe que han sido necesarios siglos para preparar la

primera venida del Hijo del hombre; y que se necesitarán siglos todavía para preparar la segunda; pero esos siglos, él los mira al ejemplo de Dios, como días rápidos; y, más elevado que el tiempo, él tiene la paciencia de Aquel que hace obras eternas.

En este mismo viaje, Jesús y su pequeña caravana se hallaron á menudo en presencia de los Fariseos que iban como ellos á Jerusalem. El les veía siempre, llenos de suficiencia, satisfechos de su justicia y no economizando el desprecio á los otros. Los discípulos habían tenido, sin duda, su parte en ese desdén; su simpatía por los débiles, su repulsión por los soberbios, le inspiraron una de esas parábolas en donde el farisalismo ha sido pintado con rasgos inmortales, de una verdad sangrienta, y flagelado con una santa ironía.

—“Dos hombres, dijo á esos pretendidos justos, habían entrado al Templo para orar: un Fariseo y un publicano. El Fariseo, en pie, oraba así, dentro de él mismo: Dios, yo te doy gracias de que yo no soy como los demás hombres que son rapaces, injustos, adúlteros, como ese publicano que está allí. Yo ayuno dos veces á la semana, y yo doy el diezmo de todo lo que poseo.

“Y el publicano, conservándose lejos, no osaba ni aun levantar los ojos al cielo; pero se golpeaba el pecho. El decía: Dios mío, sedme propicio, á mí pecador.

—“Yo os lo afirmo, dijo Jesús, volvió justificado á su habitación; pero el otro, no; porque cualesquiera que se exalce será humillado, y el que se humille será exaltado.”

Agradaba al Maestro concluir sus parábolas por una sentencia moral que reasumía la sabiduría, y que se grababa mejor en la memoria de los discípulos. Se las puede profundizar, sin agotarlas jamás. El deber de la humildad volvía, á cada

instante, en sus labios; en ello veía la primera condición de la entrada en su Reino y el secreto de toda grandeza verdadera, él era la viva y perfecta encarnación. Nadie se ha anonadado como Jesús en la voluntad de su Padre que le guiaba, por una sucesión no interrumpida de humillaciones hasta la muerte; nadie ha sido exalsado más alto por esta misma voluntad. Ese vencido, ese crucificado, goza, hasta en este mundo en el que su triunfo no ha sido sonado, de una gloria que desafia á toda gloria humana. No se puede estar más humillado como él lo ha estado en su vida; no se puede ser más glorioso como él lo es después de su muerte.

Durante una de las detenciones del viaje, se le presentaron algunos niños, para que él les tocara. ¹ La fe del pueblo es por todas partes la misma; por instinto, él acude á Aquel que él cree ser el Enviado de Dios; su presencia le conmueve; él lleva al Profeta lo que tiene de más precioso; él siente que su mano, impuesta sobre la cabeza de esos niños, les será una prenda de felicidad. Los discípulos, viendo la invasión de la multitud, rechazaba á esas gentes. Jesús se indignó.

—“Dejad venir á mí á los niños,” les dijo; “no, no lo impedáis, porque los que á ellos se parecen pertenece el Reino de Dios. En verdad, os digo, el que no reciba como un niño el Reino de Dios, no entrará en él.”

Y les besó; impuso sobre ellos las manos; y les bendijo.

El niño no tiene ni ciencia, ni filosofía, ni preocupaciones, ni cálculos de interés; él no critica, no juzga, no resiste, él es el modelo que se debe seguir. Cuando Dios habla, el hombre debe imponer silencio á su espíritu, á sus sentimientos preconcebidos, á su razón engañosa, á sus egoístas pasiones. Convertido en sencillo, dócil, confiado, él acogerá la buena nueva, renacerá en el Espíritu, y gustará en su conciencia los beneficios del Reino.

¹ Luc., XVIII, 15 y sig. Cf. Mat., XIX, 13-15; Marc., X, 13-16.

Ese deber austero de la humanidad, del sacrificio total, del anonadamiento del hombre ante Dios y ante él, es uno de los puntos fundamentales de la doctrina de Jesús. Se le halla bajo mil formas en sus pláticas íntimas como en sus discursos populares. Lo que Jesús era, en su vida terrestre, con relación á su Padre, él quería, él exigía que los fieles lo fuesen respecto de él. Como él era el instrumento perfecto de la voluntad de su Padre, sus fieles debían renunciar á todo para no obedecer sino á su Espíritu.

Dejarlo todo y seguirle era una fórmula en la cual él resumía las leyes de su Reino; él la repetía á menudo, y en este último viaje, caminando al encuentro de la muerte y del suplicio, él la recordó con varios intervalos.

Un día, después de una parada, como saliere de la casa en la que había recibido hospitalidad, al ponerse en camino, un joven, un príncipe del pueblo, acudió, cayó de rodillas y le dijo:—Buen Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?

Esta pregunta revelaba una naturaleza escogida y una alma sincera. Las doctrinas de la escuela respecto al mérito de las obras legales, respecto á la santidad por la virtud de los ritos, no satisfacían su conciencia; seguramente, él escuchó al Maestro hablar de la vida eterna con un acento que le había penetrado. Ahora, el secreto de la vida eterna no pertenece al genio humano. Ningún hombre, por grande que sea, puede descubrirle. La vida eterna está en Dios; y el medio para poseerla depende de su voluntad impenetrable.

Al aceptar responder á la cuestión que le era dirigida, Jesús se eleva por encima del hombre y del genio humano; él se declara el Señor de la vida eterna, al igual de Dios. Ahí está, sin duda alguna, lo que él quiere insinuar al joven que le interroga.

—“¿Por qué me llamas bueno?” le dijo, “ninguno es bueno, uno sólo es bueno, Dios.”

¹ Luc., XVIII, 18, 30; Mat., XIX, 16, 30; Marc., X, 17, 31.

Y, por consecuencia, Dios sólo y el Hijo quien ha recibido todo del Padre, pueden enseñarnos el bien infinito que es la vida eterna.

Jesús prosiguió: "¿Conoces los mandamientos?"—¿Cuáles? "No matarás. No comerás adulterio. No hurtarás. No levantarás falso testimonio. Honra á tu padre y á tu madre; y ama á tu prójimo como á tí mismo." Yo he observado, respondió el joven, todos esos mandamientos desde mi infancia. ¿Qué me falta aun?

A estas palabras, Jesús le miró y le amó.

—"Sólo una cosa te falta," le dijo, "si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. En seguida, ven y sígueme."

Pero él, al escuchar estas palabras, lanzó un suspiro, y se fué triste, porque tenía muchos bienes.

No es bastante cumplir el precepto literal, es necesario entrar en el espíritu mismo de la Ley; ahora, la Ley es la voluntad de Dios. Si esta voluntad nos pide el renunciamiento de todo, si Dios nos dice como al joven rico: "Vende tus bienes, dalos á los pobres, ven y sígueme," la vacilación no es permitida; todo debe dejarse y ponerse en seguimiento de Jesús.

Así, la última palabra de la perfección, en su doctrina, es dejarlo todo y seguirle. Es preciso sacrificarle todo, amarle más que á toda criatura, amarle absolutamente, sin reserva y como á Dios.

Viendo alejarse al joven desalentado, él miró en torno suyo, como para cubrir de más cerca á sus discípulos fieles; en seguida les dijo:

—"Con cuánta dificultad los ricos entrarán en el Reino de Dios!"

Ellos acababan de comprobarlo; la afección del Maestro, su tierno llamamiento, habian encallado ante el sacrificio de los bienes terrestres pedido á un rico, como condición previa de su entrada al Reino.

Los discípulos se sorprendian grandemente de la reflexión de Jesús; ellos que, todos eran pobres, debieron entristecerse por la suerte de los ricos. Este noble movimiento tocó su corazón.¹

—"Hijitos míos," replicó con ternura, "cuán difícil es á aquellos que se confían en las riquezas, entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico semejante entre en el Reino de los cielos."

La admiración de los discípulos aumentó, y ellos se decían tristemente el uno al otro:—¿Quién entonces podrá salvarse?

La inmensa multitud de los hombres es arrastrada por el amor de los bienes de este mundo; hasta aquellos que no les poseen les desean, y los que les poseen son esclavos de ellos. Si entonces el Reino de Dios no está abierto sino á los pobres de espíritu, á los hombres que no tienen confianza en la riqueza, ¿en dónde y cómo se reclutará?

El cortejo íntimo de Jesús entreveía, quizá por la primera vez, la dificultad de la obra sobrehumana á la que los discípulos estaban llamados y de la que la fuerza divina no les era conocida.

Las dificultades se perpetúan y, con ellas, el espanto de los que continúan el trabajo de los apóstoles, en este mundo fascinado por la materia. Jesús fijó su mirada sobre los suyos, según uno de los testigos de la escena, y les dijo:

—"Aquello que es imposible á los hombres no le es á Dios. Todo es posible á Dios."²

Ellos eran la prueba viviente. A la vocación del Maestro, ellos todo lo habían dejado: sus redes y sus barcas, su padre, su casa y su campo, su oficina de alcabala y su oficio. La Fe es más fuerte que todo. Nada detiene á los que Dios atrae.

Pedro, cuya vivacidad y franqueza no se desmienten nunca, no pudo impedirse de notarlo.—Ved que nosotros todo lo

¹ Luc., XVIII, 26, y parall.

² Marc., X, 27.

hemos dejado, por seguimos. Y el agregó, no sin sencillez y alguna preocupación personal:—¿Entonces qué nos será dado?

—“Vosotros que me habéis seguido,” respondió Jesús, “en verdad, os digo, porque me habéis seguido, cuando en el día de la regeneración el Hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, vosotros también, os sentaréis sobre doce tronos y juzgaréis á las doce tribus de Israel.”

El Maestro, hasta el presente, no había absolutamente hablado á sus discípulos de recompensa y de gloria; pero al llamarles á él, arrancándoles de su vida y de su medio, incorporándolos, penetrándolos en su alma, él les asoció á todas las fases de su propio destino; y ellos mismos, á medida que el amor y la confianza se afirmaban, ellos toman un sentimiento más vivo de la intimidad que identifica su suerte con la de su Maestro. Si él era vencido en su obra, ellos serían arrastrados en su derrota; si él triunfaba, ellos participarían de su triunfo. La hipótesis del fracaso les hubiera parecido una injuria á la potestad de aquel que ellos amaban y á quien llamaban el Señor y el Mesías: ellos mismos no pensaban en ello. Las dificultades del momento, las luchas incesantes que sostenía Jesús contra los doctores, la oposición creciente y amenazadora de los sacerdotes, de los ancianos y del gran Consejo; toda esa situación incierta, peligrosa, crítica no les conmovía; su fe en el triunfo próximo permanecía imperturbable, esta fe llena de ilusiones les bastaba. Acaso con ese triunfo contaban Pedro y los otros, sin embargo, sin bien definirlo, cuando preguntaban al Maestro: Y nosotros, que hemos dejado todo, ¿qué nos será dado?

La recompensa está más allá de la vida y más alto que ella. Jesús eleva las esperanzas legítimas de sus apóstoles, él les dijo que ellos triunfarían con él; pero para excusar su debilidad y la parte de ilusión necesaria á toda criatura, él les deja inciertos respecto del tiempo. Cuando su día haya venido,—el día de universal regeneración en el que, estando todo sometido

á su imperio, todo será renovado con su propia gloria.—entonces, ellos participarán de su reinado sobre el pueblo de Dios, simbolizado por las doce tribus de Israel.

Al esperar ese día lejano, misterioso, la suerte de los fieles, del menor de los humildes que haya dejado todo por Jesús, no es de compadecerse.

—“En verdad, yo os digo,” agregó Jesús, “ninguno dejará su casa, á sus hermanos, á sus hermanas, ó á su padre, á su madre, á su hija, ó á sus campos, por mi causa y por causa del Evangelio del Reino, que no reciba ahora, en este mismo tiempo, cien veces más: casas, hermanos, hermanas é hijos, y madre, y campos,—con las persecuciones,—y en el siglo venidero, la vida eterna.”

Era preciso ser bien extraño á la palabra de Jesús y á su doctrina para dar á esta promesa del céntuplo un sentido literal y material. No se podría admitir que Jesús hubiera convidado á los suyos á una suerte de paraíso de milenario. Sin embargo, es cierto que el Espíritu divino de quien es él la fuente no solamente trae á todos los que le reciben invisiblemente el sabor anticipado de los bienes celestiales, eternos, infinitos, sino, por añadidura, ensalza aun esta vida terrenal, aumenta sus recursos, armoniza sus energías, transfigura todos sus actos. Entre los seres elegidos que este Espíritu concentra, él se forma lazos más íntimos, más profundos, más dulces, que entre los del mismo parentesco y de la misma sangre.

A fin de que el discípulo de Jesús no se embriague con las dulzuras de una vida dichosa, la persecución le es prometida: ella le tendrá siempre en vela. Por dura que ella sea, él la llevará con un corazón valiente, porque él la conoce y porque él la espera: él sabe que ella pasa, y él espera en la plenitud de la eterna vida, ya comenzada para él, en esta tierra.

Esta enseñanza removió, regocijó, exaltó á los discípulos. El corazón humano se abre con agrado á lo que le habla de felicidad, de vida y de triunfo.

Los sentimientos egoístas se revelaban fácilmente en el cortejo del Maestro. Aquellos que habían sido llamados los primeros se prevalían de su predilección; ellos querían asegurar en el Reino su puesto privilegiado. ¡Sorprendente ilusión del hombre! esos pecadores de Galilea no piensan más que en las grandezas terrestres del Reino mesiánico, y creyendo ir al triunfo, ellos no dudan que Jesús les conduce á las luchas más terribles. Pero él vela sobre ellos; él posee el arte divino de formarles; él sabe, cuando es preciso, exaltarles y humillarles.

—“Sabed,” les dijo, “que de los primeros muchos serán los últimos, y de los últimos los primeros.

“El Reino de los cielos es semejante á un padre de familia que salió muy temprano, á fin de alquilar obreros para su viña. Convino con ellos en un denario por día, y les envió.

“Ahora, á la tercera hora, salió de nuevo, y vió á otros obreros ociosos en la plaza.—Id, les dijo, también vosotros á mi viña, y aquello que sea justo, os lo daré. Ellos se fueron. Después, hacia la sexta y novena hora, salió aún é hizo la misma cosa. En fin, volvió á salir á la undécima hora, y halló allí algunos que estaban ociosos.—¿Por qué, les dijo, estáis aquí, todo el día, sin hacer nada?—Porque nadie nos ha alquilado.—Id, también vosotros á mi viña.

—En la tarde, el amo dijo al mayordomo:—Llamad á los obreros y pagadles, comenzando por los últimos.

“Aquellos que habían venido á la undécima hora se aproximaron, y recibieron cada uno un denario. Los primeros vinieron en seguida, esperando recibir más. Pero ellos recibieron también un denario; y, al recibirle, murmuraban contra el padre de familia. Ellos decían:—Los últimos han trabajado una hora, y vos les tratáis como á nosotros que hemos llevado el peso del día y el calor.

“El padre de familia respondió á uno de ellos:—Amigo mío, yo no os he engañado; ¿no habéis convenido conmigo en un denario? Tomad lo que es vuestro y marchaos. Yo voy

á dar á esos últimos como á vosotros. ¿Acaso no me es permitido hacer lo que yo quiero? Porque vuestro ojo es malo, ¿por qué yo soy bueno?

“De esta manera los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.”

La obra del Reino es una obra de misericordia y de bondad más todavía que de justicia. El hombre no tiene el derecho de prevalerse de nada contra sus hermanos. Ante la vocación de Dios, no hay sino un obrero ocioso; una vez llamado, él no tiene sino que cumplir su tarea. El Padre es justo; él le pagará su trabajo; él recibirá su denario. Pero que él sea el obrero de la undécima hora ó de la primera, que él haya llevado el peso del día y del calor, ó que haya tenido la tarea más fácil ¡qué importa! La liberalidad divina no tiene que contar con él; ella es independiente y soberana, nosotros no tenemos más que olvidarnos en ella, admirarla en nosotros y en aquellos que ella ha escogido.

El Padre de familia ha llamado á los hombres en multitud. Lo esencial es corresponder al llamamiento y ser fiel; esto es lo que Jesús pedía á sus discípulos, recordándoles esta palabra terrible: “Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos; ellos hacen traición á su vocación y son desechados.

La caravana había llegado al valle del Jordán, sobre la gran ruta que conduce de Galilea á Jerusalem por Jericó. Ella no estaba más que á dos jornadas de camino de la ciudad santa, y, al pasar al pie del Sartaba, ella podía ver, sobre la cima, los fuegos encendidos que anunciaban al pueblo la neomenia y la Pascua del año 30.¹

¹ Talmud. Hierusol, Rosch, Hoshanna, cap. II, col. 3.